

El hispanoamericanismo de la “reacción” mexicana

Felicitas López Portillo T.
Centro de Investigación de América Latina y el Caribe
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

El presente trabajo examina la posición que tres distinguidos miembros de la llamada “reacción mexicana” tuvieron sobre el movimiento independentista de 1810, así como la expresión de su vocación latinoamericana, que no dejó de manifestarse en sus diversos escritos y tareas editoriales.

Abstract

This paper examines the position that three distinguished members of the so called “Mexican reaction” had on the Independence Movement of 1810, and the expression of its Latin American vocation, that continuously displayed throughout their writings and editorial tasks.

Palabras clave: Reacción mexicana, Revolución Mexicana, Nemesio García Naranjo, Jesús Guisa y Azevedo y Alberto María Carreño

Keywords: Mexican reaction, Mexican Revolution, Nemesio García Naranjo, Jesús Guisa y Azevedo, Alberto María Carreño

Iniciemos con el señalamiento, común entre los especialistas, de que el estudio de la derecha o, en su defecto, de una de sus

vertientes, el formado por el pensamiento conservador, es una asignatura pendiente de la historiografía mexicana, y aún de la latinoamericana en general. Sin embargo, se reconoce que la actuación de esta fracción política durante el siglo XIX sí ha conitado mayor interés debido a su importancia histórica.

Durante la mayor parte del siglo XX el manto legitimador de la Revolución mexicana cubrió la totalidad de la vida social, por lo que el estudio de la “reacción”, donde cabían todas las manifestaciones de este espectro ideológico opositor a la revolución institucionalizada, no fuera bien visto ni, mucho menos, auspiciado y financiado por las entidades públicas, aunque no faltaron centros de investigación a cargo de universidades de orientación católica o empresarial que sí hurgaron en sus raíces y manifestaciones.

El desdén hacia las expresiones de la derecha fue especialmente cierto en lo que respecta a la primera



mitad del siglo pasado; en la segunda, el tema mereció mayor atención debido a la rebelión de la burguesía a partir de la década del setenta, provocada por el populismo del presidente Luis Echeverría, quien se propuso pasar del “desarrollo estabilizador” al “desarrollo compartido”, aunado a la insurgencia democrática de las clases medias y un acercamiento más profesional de parte de los investigadores, como lo demuestran los estudios sobre la guerra cristera y la fundación del Partido Acción Nacional.

Otra razón para la relativa indiferencia hacia este análisis fue quizá el hecho de que nos librásemos de las feroces dictaduras que asolaron a la mayor parte de los países latinoamericanos, inmersos como estábamos en el autoritarismo de la “dictadura perfecta”, además de la aplicación en la academia de la tendencia de lo políticamente correcto, la cual, aunque relativamente reciente, estorba e inhibe un acercamiento más puntual a la realidad, pasada y presente.

Esta situación de ninguneo y satanización del pensamiento y de las prácticas conservadoras se remonta al siglo XIX, cuando el liberalismo triunfante de las cruentas luchas intestinas anatematizó a sus enemigos y los expulsó de la historia con el sambenito de que representaban a la reacción y al retroceso. La historiografía del último tercio de la citada centuria, destinada a recabar y crear un de legitimidad histórica e ideológica al Estado liberal oligárquico, ocultó o

disminuyó en muchos casos la significación que tuvieron las luchas populares identificadas con una visión tradicionalista, de la cual la Iglesia católica era la principal portadora, pasando a ser identificados como oscurantistas, ultramontanos y reaccionarios.

También, fueron estigmatizados los intentos monárquicos de organización estatal, que anclaban sus raíces en el pasado colonial y proclamaban cambios graduales en la anárquica sociedad de la época, gradualismo y pragmatismo que caracterizaron a la facción conservadora. Si bien es cierto que los liberales se alzaron con el triunfo, gobernaron tomando en cuenta muchos elementos enarbolados por sus vencidos enemigos, pues los conservadores liberales, o liberales moderados, en la terminología de José Luis Romero, se hicieron cargo de sus naciones aplicando muchas de las premisas del conservadurismo, como lo ejemplifica el gobierno dictatorial del general Porfirio Díaz, que concilió exitosamente ambas vertientes históricas.¹

Según Edmundo O’Gorman² la revolución tuvo el mal tino de revivir la vieja contienda resuelta por la dictadura. Los calificativos que se le endilgaron al viejo régimen como arcaico, atrasado, reaccionario y conservador motivaron

1 Romero, José Luis Romero. (1978). El pensamiento conservador (1815-1898). Caracas: Biblioteca Ayacucho, núm. 31, 1978, pp. IX-XXXVIII.



que se negara su proyecto modernizador y se estuviera, de nuevo, frente a la vieja dicotomía de liberalismo conservadurismo. Quien no comulgara con las directrices de la familia revolucionaria, era inmediatamente calificado de pertenecer a la satanizada Amparados en la Constitución promulgada en 1917, de nueva cuenta aparecieron el anticlericalismo, detonante de la Guerra Cristera, y un áspero nacionalismo que veía en Estados Unidos al enemigo identificado, así como la proyección hacia el infinito de un proyecto histórico cuyo cabal cumplimiento se alcanzaría con el logro de la justicia social.

En este contexto se genera la obra de los tres intelectuales aquí analizados: Nemesio García Naranjo (1883-1962), Jesús Guisa y Azevedo (1900-1986) y Alberto María Carreño (1875-1962), representantes señeros de las diversas vertientes del conservadurismo mexicano y herederos de esta facción política que durante la centuria decimonónica tuvo su máxima expresión en la obra de Lucas Alemán.³ Desde el

principio de su vida independiente, México instrumentó una política exterior de claro carácter integracionista, como se demostró en la reunión antictiónica celebrada en Panamá en 1826 a instancias del Libertador Simón Bolívar, y cuya continuación, a iniciativa del eminente fundador del Partido Conservador Mexicano tendría lugar en la villa de Tacubaya, reunión que finalmente no se realizó.⁴

Nemesio García Naranjo fue un liberal conservador —llamémosle así— quien desde su temprana juventud ligó su Suerte a la del régimen porfirista que lo hizo diputado en 1910 y 1912, ya caída la dictadura.

García Naranjo participó en la fundación del Ateneo de la Juventud, importante grupo cultural a caballo entre el positivismo en retirada y la joven intelectualidad, revolucionaria o no, inclinada a las humanidades, que tendría gran influencia posteriormente. Fue

2 Ver O’Gorman, Edmundo. (2002). *México, el trauma de su historia. Ducit amor patriae*. México: CONACULTA.

3 Los conservadores mexicanos, primero que todo, son antirrevolucionarios: “antirrevolución moderna, antimasonería, antirrevolución americana, antirrevolución francesa, antiseccularización, antiliberalismo, antirrevolución comunista y, desde luego, antirrevolución mexicana”, véase del Arenal Fenochio, Jaime. (2003). *La otra historia: la historiografía conservadora*. En Conrado Hernández. (Coord.). *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*.

México: El Colegio de Michoacán-IIIH-UNAM, p. 72.

4 Desde la década de 1930, se empezó a usar el término *conservador*, acuñado por el vizconde de Chateaubriand, en 1818. “Cuando se hablaba de sentimientos conservadores éstos se referían casi exclusivamente a valores éticos que la gente de bien quería conservar ante la amenaza de un mundo inmoral y nefando que parecía estar implícito en cualquier revuelta popular”, véase Fowler, William y Humberto Morales. (Coords.) (1999). *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX*. México: BUAP-Saint Andrews University-Gobierno del Estado de Puebla, p. 12.



miembro del gabinete de general golpista Victoriano Huerta, como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Durante el breve período en su cargo, reformó el plan de estudios de influencia comtiana de la Escuela Nacional Preparatoria para darle un giro humanista. Salió al exilio, regresó en 1923 y fue expulsado nuevamente en 1926. Gracias a su ardiente adhesión al Libertador Simón Bolívar estuvo en Venezuela durante los años de 1932 y 1933, bajo el amparo del hombre fuerte, el general Juan Vicente Gómez. Periodista, historiador, abogado, dueño de una prosa diáfana y elegante, (miembro de la Academia de la Lengua y de la Academia de Legislación y Jurisprudencia), contó con numerosos lectores en sus colaboraciones periodísticas y en diversos escritos donde hizo gala de su equilibrio y mesura respecto a los asuntos públicos, aunque no dejó de ser crítico de las acciones y resultados de los gobiernos posrevolucionarios, y nostálgico del orden y estabilidad vividos durante los años de infancia y juventud en su natal Nuevo León.⁵

Durante sus años de exilio, trabajó como abogado en una empresa petrolera norteamericana y fue colaborador de importantes diarios latinoamericanos, como de Buenos Aires y el influyente ,

de Cuba. En 1926, la Unión Panamericana lo invitó a Washington al Congreso Panamericano de Periodistas, por lo que se embarcó hacia la capital cubana. Allí recibió el encargo de representar en el mencionado congreso a tres diarios: el mexicano, de San Antonio y de La Habana.⁶

En Washington, como representante del citado periódico, pronunció unas palabras en el homenaje que la delegación insular ofreció a José Martí, cuya estatua se erige a la entrada del salón de recepciones de la Unión Panamericana. “Tan magnánimo y fuerte como los libertadores de los otros pueblos, Martí tuvo sobre ellos el prestigio supremo de haber sido un hombre de letras”⁷.

Su discurso gustó tanto a los delegados, que los representantes de los países bolivarianos lo invitaron a decir unas palabras en el monumento erigido en Nueva York a Simón Bolívar, distinción que le abrió las puertas de cinco naciones. La oración alusiva fue publicada en Bolivia, Ecuador, Colombia, Perú y Venezuela y dio ocasión para que los periódicos más importantes de esos países le pidieran colaboraciones. Afirmó que Bolívar es el representante más genuino y perfecto que ha tenido el genio latino en el Nuevo Mundo; como Washing-

5 Curiel, Fernando (1998). Prólogo. En *Nemesio García Naranjo. El crepúsculo porfirista. Memorias*. (Tomo V). [Epílogo de Alberto María Carreño]. México: Factoría, p. XII.

6 *Memorias de Nemesio García Naranjo*. (1962). (Tomo IX). Monterrey, Nuevo León: El Porvenir, p. 137.

7 *Ibíd.*, p. 147



ton es el héroe equilibrado y armónico, con sus virtudes bien repartidas y con sus ímpetus perfectamente canalizados; Bolívar, por el contrario, es el genio exaltado y fogoso, lleno de rugosidades épicas y con lineamientos divinamente desiguales. Era “el producto más noble y depurado de la raza”:

Los demás héroes hispanoamericanos se suman en él: Hidalgo es la abnegación; San Martín es la gloria; Morelos es el genio militar; Juárez es el carácter; Sucre es un gran ciudadano; Martí lleva su inspiración poética al campo de la acción; pero Bolívar sintetiza maravillosamente estos variados atributos.⁸

Asiduo colaborador de *El Nuevo Diario*, propiedad de Laureano Vallenilla Lanz, el influyente autor de *Cesarismo democrático*,

8 El Libertador “fue un poeta inmenso que rimó una estrofa de cinco versos inmortales que se llaman Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador y Bolivia; fue un profeta inspirado que escribió una Biblia con cinco Evangelios de redención: las cinco Constituciones de cinco nuevas nacionalidades; fue un caballero andante que le arrebató a España cinco esclavos resentidos y le devolvió cinco hijas amorosas; fue un clarividente visionario, que al realizar cinco sueños, los transformó en límpidas perlas, que montó en la diadema de la Libertad; fue, por último, un semidiós, que arrancó del firmamento una estrella y la incrustó gloriosamente sobre los Andes, en donde brilla y brilla por los siglos de los siglos, llevando en sus cinco estiletes rutilantes el alma de cinco naciones independientes”. Como estaba en un congreso integrado mayoritariamente por anglosajones, colocó la figura de Bolívar junto a la de George Washington. *Ibíd.*, pp. 151-155.

la obra legitimadora de la larga dictadura gomecista, García Naranjo defendió con ahínco el orden autoritario como ejemplo de un gobierno de orden y progreso similar al de su añorado don Porfirio.

En diciembre de 1930 fue invitado al centenario de la muerte del Libertador. La ceremonia principal tuvo lugar en el campo de Carabobo, donde se celebró un grandioso Te Deum en conmemoración de la gesta independentista. En las fiestas del centenario en México no hubo misas debido a la separación Iglesia-Estado, pero consideró que hubiera sido hermoso que “en consonancia con el alma católica de nuestro pueblo, se hubiera cantado un Te Deum en el Monte de las Cruces donde, cien años antes, el Cura Hidalgo bendijo a las tropas insurgentes antes de entrar en batalla con el ejército virreinal”.

En esa ocasión se quedó más tiempo en Venezuela, que aprovechó para visitar algunas ciudades importantes, como la antigua Angostura, y los estados andinos de Táchira, Mérida y Trujillo. Con esta experiencia reafirmó su creencia en la unidad intrínseca de nuestros países. A través del cruzamiento de fronteras “hay algo que indica que es una sola la raíz de la América española: la misma sangre, el mismo idioma, mismo abolen-go, las mismas costumbres y la misma historia”.⁹ Existían diferencias entre las diversas comarcas, como las había dentro de un mismo país, pero en conjunto

9 *Ibíd.*, pp. 364-365.



se observa un todo homogéneo. Durante el transcurso de su estancia de dos años elaboró una biografía del general Gómez, documento que finalmente no le fue aprobado para su publicación.¹⁰ Sin embargo, fue reconocido como amigo personal del dictador, quien se portó con él como un perfecto caballero. En compensación, durante ese tiempo se sintió como un venezolano más, deslumbrado por la grandeza de sus héroes. En diciembre de 1933 salió de Venezuela, cuando supo que no se le publicaría su escrito sobre el caudillo andino y porque su introductor ante el mismo, el doctor Rafael Requena, secretario general de gobierno, enfermó gravemente y renunció a su alto puesto. En diciembre de 1935, ya en la ciudad de México, leyó conmovido la noticia de la muerte del General Gómez.

En 1953, con motivo del bicentenario del nacimiento de don Miguel Hidalgo y Costilla, García Naranjo escribió que todavía nadie había hecho algo a la altura de su grandeza, aunque recordó la oda declamada por el poeta Salvador Díaz Mirón, en ocasión de la inauguración de la

10 Don Nemesio apunta que no le gustó al Benemérito la versión que dio acerca del golpe que derrocó a Cipriano Castro. Con todo, escribió: “Yo no fui a Venezuela a ganar dinero sino a vivir en paz, que es lo que piden todos los desterrados. Al hacer el balance final, no tengo ningún inconveniente y sí mucho gusto en pregonar que en mis cuentas con la patria del Libertador fue ella siempre la acreedora y yo siempre el deudor”. *Ibíd.*, p. 381.

Columna de la Independencia en 1910. Esta, si bien se ganó “el aplauso unánime de los cenáculos exquisitos”, “no consiguió llegar hasta el corazón del pueblo”.

Los iniciadores de la gesta de 1810 fueron los héroes máximos de la independencia mexicana. Ignacio Allende fue el Bautista de la causa, quien se dedicó a sumar prosélitos a la conspiración y enroló al mismísimo Miguel Hidalgo y Costilla. Cuando le avisaron que la conjuración había sido descubierta dudó del camino a seguir, pues se trataba de un soldado profesional. “Allende no podía imaginarse, ni en calidad de pesadilla, una insurrección como la de Espartaco, de chusmas sueltas e irredentas”. Lo mismo le pasó al capitán Aldama; avisaron a Hidalgo para que se pusiera a salvo, pero este llamó con campanadas a la rebelión. “Para los capitanes Allende y Aldama, la independencia era un problema militar; para Hidalgo, la independencia era una fatalidad social”. El párroco de Dolores fue superior a Pedro el Ermitaño, pues no solamente llamaba a una cruzada, sino que la encabezaba. “El pastor de almas convertido en jefe de tropas empezó a dar órdenes con tal aplomo seguridad, que cualquiera habría dicho que el mando había sido el ejercicio de toda su vida”.

Al pasar por Atotonilco tuvo una inspiración divina, al tomar como estandarte a la Virgen de Guadalupe y convertirlo en *bandera de libertad*. La facilidad con que se incendió la Nueva España prueba que



las instituciones metropolitanas habían envejecido, por lo que el cura de Dolores tuvo razón al lanzarse a la rebelión, pero la dirección del movimiento debió dejarse a Allende, quien seguramente hubiera metido en cintura a las turbas y logrado la victoria. “Hidalgo no fue a la victoria sino a la muerte”, aunque tuvo tiempo de cumplir su obra: sacudir las conciencias, infundir en el pueblo ánimos de libertad.

Después de su muerte le sucedieron héroes igualmente admirables, como el más grande de todos, José María Morelos, pero ninguno igualó su hazaña del 16 de septiembre. Fue una acción muy viril, por lo “que nadie le puede ni le debe discutir el título de padre de los mexicanos”. “Ni Bolívar ni San Martín tuvieron que pasar las espinas de la senda que va desde un altar de Jesucristo hasta un campo de batalla”.

Los numerosos curas participantes, como Morelos y Matamoros, tuvieron un dilema moral semejante; además, otra razón era que nuestros caudillos no tenían a donde irse, como sí tuvieron salida los sudamericanos. En el norte de México se encontraban vastos desiertos, y en el sur selvas y montañas impenetrables, por lo que las campañas se hicieron de manera aislada, mientras que en el Sur existía la colaboración entre los caudillos independentistas; allí “la guerra adquiere aspectos cosmopolitas”.

En cambio, nuestros héroes solo son nuestros, por lo que desde entonces se

empezó a formar “ese nacionalismo fiero e intransigente, que constituye la médula del alma mexicana”. Nuestros héroes, junto a su aislamiento, no recibieron las recompensas debidas a su gesta. En cambio, la victoria fue pródiga con sus homólogos sudamericanos, “pues les dio a manos llenas, poder, honores, riqueza y gloria. Solo para los padres de la independencia mexicana no hubo sino derrotas melancólicas, crueles cautiverios y suplicios infamantes”.¹¹

Jesús Guisa y Azevedo era originario de Guanajuato, en el corazón del Bajío, una de las regiones más tradicionales de México. Ferviente católico y militante cristero, fue un digno representante del conservadurismo de raigambre hispano-católica. Egresado de la Universidad Jesuita de Lovaina, se enfrascó en batallas editoriales y periodísticas donde se batió siempre con erudición y coraje en defensa de sus posiciones, muy allegadas a la derecha francesa, a la que seguía siempre con interés. Durante muchos años dirigió *Lectura. Revista crítica de ideas y libros*, que se publicó de 1937 a 1973. Vivió en España durante la década del veinte, regresó a México y fue expulsado, lo mismo que de la Universidad Nacional de México, donde impartía la cátedra de filosofía tomista. Se repatrió de nuevo a mitad de la década del treinta y fundó la citada revista y

11 García Naranjo, Nemesio. (1953). *Bajo el signo de Hidalgo. Discursos cívicos y patrióticos a través de la historia de México*. Monterrey: El Porvenir, pp. 165-176.



la Editorial Polis; colaboró en diversos medios impresos y en algunos órganos de expresión de las cámaras empresariales, principalmente en , de la Confederación de Cámaras de Comercio, la CONCANACO. Erudito perteneciente a la vieja escuela, escribió cerca de veinticinco libros, entre los que se cuentan *Doctrina política de la reacción* (1941); *Hispanidad y germanismo*(1946); *Me lo dijo Vasconcelos*(1965); (1966); (1953), títulos que orientan sobre sus preocupaciones. Fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, institución que durante la primera mitad del siglo pasado fue considerada como el reducto del más rancio conservadurismo.

La orientación ideológica de era claramente de extrema derecha, tanto por el artículo editorial que la presidía, escrito por su director, como por la nómina de sus principales integrantes y el carácter de sus escritos, aunque no dejó de advertirse cierta apertura, como se verá por la nómina de colaboradores. No ostentaba tiraje, y más bien se trataba de una publicación de carácter erudito auspiciada y patrocinada por un grupo de intelectuales que no eran expresión orgánica de una clase social, sino que representaban a un sector de clase media ilustrada que no comulgaba con los gobiernos posrevolucionarios.

La nómina de colaboradores era amplia y diversa e incluía a una serie de miembros consuetudinarios, como Rafael García Granados, Salvador Novo, Pedro Zuloaga, Antonio Gómez Robledo, Antonio

Armendáriz, Carlos Sánchez-Navarro, Antonio Caso, Justino Fernández; eventualmente, se contaba con la pluma de José Vasconcelos sobre diversos tópicos. En la revista se sostuvieron enconadas polémicas sobre el hispanismo *versus* el indigenismo, el comunismo y el anticomunismo, la procedencia o no del *New Deal* y la política del Buen Vecino implantados por Franklin D. Roosevelt y sus repercusiones en Latinoamérica junto a las posturas en favor o en contra de los bandos enfrentados en la Guerra Civil Española, además de la crítica constante del accionar gubernamental.

La filosofía de la historia que permea la mencionada revista nos remite, en la mayoría de los casos, a su matriz histórica decimonónica, aunque en ocasiones parezca inclinarse más hacia la escolástica que al enciclopedismo.

En ella se asegura de que la culpa de todos nuestros males radica en haber adoptado el “espíritu del siglo” dieciochesco, con lo que perdimos alma y rumbo tratando de imitar las ideas políticas anglosajonas del federalismo, el equilibrio de poderes, la libertad de cultos, principios ajenos a nuestra idiosincrasia, cocinada al calor de la conquista y colonización española, cuya legitimidad estaba dada por el proceso evangelizador que nos introdujo a la civilización cristiana. La meta de nuestra vida política debía ser la recuperación del espíritu hispánico perdido en la conmoción desatada por las guerras de Independencia y la posterior anarquía. La culpa



era de los liberales, admiradores y lacayos de los Estados Unidos, el enemigo histórico por excelencia. “Los puros, estando los norteamericanos en posesión de la capital, ofrecieron a los Estados Unidos la anexión total de México. Pocos años después de 1947 se firmaron los tratados MacLane-Ocampo”. (Este hecho histórico era comentado con cierta asiduidad, concluyéndose siempre que Benito Juárez fue un traidor a la patria). Con Porfirio Díaz vinieron las concesiones de tierras, los ferrocarriles hechos para el servicio de los norteamericanos “y el mantenimiento de las Leyes de Reforma”.¹²

En octubre de 1937, el doctor Guisa escribió sobre las fiestas patrias, definidas, principalmente por el jolgorio y el sentimentalismo desatados. La bandera, el himno, el desfile militar, la noche del 15 con su grito y su algazara popular lo conminaron a reflexionar sobre nuestra historia, llena de mentiras, mitos y bajezas. “El verdadero patriotismo no requiere las simulaciones ni la charlatanería. Hidalgo fue un mal hombre, de pésima conducta privada y de repugnante, de criminal vida pública”. Las chusmas, azuzadas por él, se llevaban “hasta las vigas de los portales”.

No metió las manos para salvar a sus amigos de Guanajuato de la masacre ocurrida en esa ciudad, y en Guadalajara consintió en otras matanzas de es-

12 Guisa y Azevedo, Jesús. (1937, 1º de noviembre). *Lectura*. Tomo II, núm. 3, pp. 193-194.

pañoles, aparte de andar por todos los lugares acompañado de su querida. A su vez, Morelos “ofreció casi en regalo la provincia de Tejas”, y “en prisión se prestaba a ir a combatir a sus antiguos amigos y dio indicaciones de quiénes valían y de quiénes eran vulgares asesinos”. Acotemos que el llamado “Siervo de la Nación” salía mejor librado en la historia escrita por don Lucas Alamán, quien le reconoció verdadera grandeza. Tampoco se salvó de la filípica el consumidor de la Independencia: Agustín de Iturbide fue el peor de todos porque suplantó la autoridad española por la suya propia, cuando no existía ninguna proporción entre ambas. La primera era una autoridad secular, “llena de veneración y de respeto, como la real, y en cambio, él, aventurero, jugador, mujeriego, mordelón, asesino”.¹³

Argüía que desde que nos llamabamos independientes, cualquiera podía llegar a ejercer la máxima autoridad, inclusive los soldados de fortuna, como lo había demostrado el caso del general Porfirio Díaz, cuando la función de gobierno era “la más alta, la más digna, la más DIVINA de

13 Según Alamán, con el Plan de Iguala “se salvaban las costumbres formadas en trescientos años, las opiniones establecidas, los intereses creados y el respeto que infundía el nombre y la autoridad del monarca”. Citado en María del Carmen Velázquez “Lucas Alamán, historiador de México (1792-1853)”, en Isabel Gutiérrez del Arroyo (et. al). (1948). *Estudios de historiografía americana*. México: El Colegio de México, p. 423.



todas las actividades”. El problema de la autoridad en México, injusta e ilegítima, provenía de tiempo atrás: “desde Iturbide, quizás desde antes, desde los tiempos del imbécil de Carlos III. Y nuestra labor de rectificación necesita siglos”.¹⁴

El doctor Guisa, si bien reconocía que existían revolucionarios bien intencionados, consideraba que éstos no pesaban sobre la realidad. La revolución era antimexicana, antipatriota, porque estaba en contra del México real, del verdadero, del representado por la tradición.

Así, “ser patriota, para ella, es ser anticlerical, anticatólico, antiespañol”, con el resultado de que los mexicanos vivieran como exiliados en su propia casa. Prueba de ello era el desprecio y humillación de la iglesia y la negación de la herencia española y la exaltación, en cambio, de la historia a lo “Cuatemoque”.¹⁵ Para colmo era demagógica, como lo probaba el discurso de que todo era nuestro, hasta el petróleo, cuando los únicos que se beneficiaban eran los pillos entronizados en el aparato oficial y en los sindicatos oficiales. Concluía su razonamiento acerca de la patria y los héroes entronizados en el altar cívico por el oficialismo:

14 Guisa y Azevedo, Jesús (1937, 1º de octubre). *Lectura*. Tomo II, núm. 2, pp. 97-102.

15 _____. (1943, 1º y 15 diciembre). “El México que ha hecho la revolución”. *Lectura*. Tomo XXXVII, núms. 3-4, p. 131.

Para unos la patria es la obra y el resultado de los asesinatos, de las destrucciones, la simulación del cura Hidalgo. Dignos sucesores de éste fueron, naturalmente, Obregón, Villa, Zapata, héroes nacionales de la revolución. Los grandes asesinos, los grandes ladrones, los grandes traidores de la Reforma que fueron, por su liberalismo, los verdaderos explotadores de los obreros y de los campesinos, son, como primero Hidalgo y ahora Villa y Zapata, también héroes nacionales.¹⁶

Alberto María Carreño fue un historiador que durante mucho tiempo tuvo a su cargo la dirección de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid, fundada a mediados de 1919, institución que en sus primeros tiempos fue refugio de personajes ligados a la evocación nostálgica del pasado colonial, verdadero núcleo duro de los defensores del legado de la herencia hispánica.¹⁷

16 Véase: *Lectura*. (1939, 15 de diciembre). Tomo XIII, núm. 4, p. 195. De igual manera, Guisa y Azevedo (1960, 15 de octubre), argumentaba que “La filiación con Hidalgo, el entronque político que guardamos con él, si verdaderamente lo tenemos como padre de la patria, nos fuerza a seguirlo, a no olvidar que ostentaba el carácter sacerdotal, que era católico a macha martillo y que tenía ideas, válidas desde entonces, sobre la constitución de las sociedades que no nos es lícito olvidar, oscurecer o tergiversar. ¿Padre de la patria? Que lo sea de verdad”. *Lectura*. Tomo CXXXVII, núm. 2, p. 38.

17 “Se puede notar que, desde las primeras décadas, el común denominador de los ele-



En noviembre de 1946, Carreño descubrió los restos de Hernán Cortés escondidos por don Lucas Alamán en el Hospital de Jesús, hecho que provocó una tormenta ideológica entre su bando y los defensores del indigenismo, de impronta y patrocinio oficiales. En este contexto, tomó vigor de nuevo la vieja disputa entre hispanistas e indigenistas; los primeros argüían, como los conservadores de la primera época, que el verdadero México comenzó a gestarse a partir de la conquista española, mientras que los segundos veían los tres siglos coloniales como una época de esclavitud y servidumbre, no de formación de la nacionalidad.

La época no era propicia a celebraciones nostálgicas de un glorioso pasado de raigambre hispánica, pues el Estado posrevolucionario enarbolaba entre sus principales premisas ideológicas, la reivindicación y la recuperación del pasado indígena. Manuel Gamio, Ignacio Marquina y Alfonso Caso sentaron las bases de las modernas antropología y arqueología mexicanas, y la valoración de las raíces autóctonas era la principal inspiración de los intérpretes de las diversas disciplinas artísticas quienes, además de los favores de las musas, buscaban el patrocinio oficial; Diego Rivera encabezaba esta corriente. Santón de la izquierda, recibió su consagración definitiva en 1949 cuando se celebró la Exposición Nacional por su medio siglo de labor artística.

Los “nuevos” conservadores, aquellos que no solo suspiraban por los tiempos de don Porfirio, sino también por la época colonial, a la que visualizaban como el periodo en el que la Nueva España había conocido una verdadera grandeza, desgraciadamente desaparecida durante el caótico siglo XIX, mantenían una posición de segundo orden en el régimen de la Revolución, pero a la vez expresaban el sentir de una parte importante de la sociedad, harta de la violencia y el caos desatado por el movimiento armado de 1910 y de la plebeyez que veían en sus gobernantes. Parte importante de esta intelectualidad encontró refugio en la Academia Mexicana de la Historia; como se señaló anteriormente, en sus primeros tiempos formada principalmente “por historiadores amateurs y por anticuarios, por varios jerarcas de la Iglesia católica y por algunos aristócratas diletantes, todos ellos hispanistas y de ideología conservadora”.¹⁸

gidos (a los 24 sillones disponibles) parece haber sido su acendrada posición hispanista-católica, tanto que algunos apenas pudiera considerarse historiador”, véase en Vázquez, Josefina Zoraida, “Cincuenta y tres años de las Memorias de la Academia Mexicana de la Historia”, en *Historia Mexicana*, abril-junio 2001, núm. 4, vol. L, p. 712

¹⁸ Véase el argumento de Javier Garcíadiego, *Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX*, en *Historia Mexicana* (2001, octubre-diciembre, 2001), núm. 202, vol. LI, p. 226.



Entre sus miembros se contaban Francisco Sosa, Jesús Galindo y Villa, Luis González Obregón, Francisco Plancarte, obispo de Monterrey, Ignacio Montes de Oca, obispo de San Luis Potosí; el sacerdote jesuita, Mariano Cuevas; el marqués de San Francisco, Manuel Romero de Terreros y, el ya citado, Alberto María Carreño, quien se dedicaba sobre todo a estudios históricos y bibliográficos de los siglos XVI y XVII, y a la historia diplomática de México y Estados Unidos durante el siglo XIX. La mayoría de ellos no se identificaban con el gobierno ni con las instituciones educativas de la época, y se dedicaban sobre todo a la historia colonial. Su pretensión era defender el pasado histórico de las amenazas que se cernían sobre él, tanto por los embates de la ignorancia como por la utilización demagógica de que se servía la nueva clase gobernadora para lograr sus fines dizque revolucionarios.

A los nombres arriba mencionados deben agregarse los de Victoriano Salado Álvarez, Genaro García, Antonio de la Peña y Reyes, Toribio Esquivel Obregón, quienes, junto con Manuel Toussaint, se dedicaron a rescatar el legado material y artístico de los siglos anteriores, a la vez que hacían gala de una vasta erudición. Álvaro Matute apunta que el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, fundado en 1945, en la época del rector Ignacio Chávez contaba con “una sólida planta de colonialistas”, entre los que se contaban no pocos de los arriba

citados.¹⁹ Diversos estudiosos coinciden en señalar que la llegada de los transterrados españoles ayudó a profesionalizar los estudios históricos, al quitarles el cariz militante de que estaban impuestos.

Antes de ellos el tema de la Colonia era mal visto, mal entendido y mal trabajado, incluso desde la guerra de Independencia, pues indefectiblemente se asociaba a ideas conservadoras y clericales —y efectivamente se lo apropiaban los seguidores de estas corrientes— los cuales fueron completamente proscritos del México revolucionario.²⁰

En el año del Bicentenario de la Independencia es necesario ampliar el contexto y otorgarle una mirada de atención a la otra cara de la moneda, a “la visión de los vencidos”, si se nos permite utilizar la atinada expresión de Miguel León Portilla, para traer a colación las posiciones contrapuestas a la historia de bronce. En el caso mexicano esta sigue imponiéndose, a pesar del cambio habido en la cúspide del poder, lo que da cuenta de la vigencia del imaginario liberal impuesto hace más de ciento cincuenta años.

19 Véase el argumento de Alvaro Matute, Estudios de historia moderna y contemporánea de México, en *Historia Mexicana*. (2001, abril-junio), núm. 4, vol. L, p. 781.

20 Fernández, Diego Rafael. (1998). Los precursores. Cincuenta años de historiografía colonial en México. En *Cincuenta años de investigación histórica en México*. Gisela von Wobeser (coord.), México: IIH-UNAM-Universidad de Guanajuato, pp. 93-95.

